

Diciembre de 1983 o el epicentro de la crisis

PERE VILANOVA *

Cuando tengamos cierta perspectiva histórica, en el supuesto de que se disponga de ese tiempo, los especialistas probablemente situarán en diciembre de 1983 el epicentro de la crisis de los ochenta, lo cual es explicable por muchos motivos, a condición de no perder de vista el resto del iceberg.

Efectivamente, después de un año de expectativa creciente por parte de la opinión, diciembre del 83 contempla un preocupante «crescendo»: se interrumpen sucesivamente las distintas negociaciones en curso, se endurece el lenguaje de guerra fría entre ambos bloques, y entre la URSS y los Estados Unidos en primer lugar, y se inicia por fin la instalación de los famosos euromisiles, los Pershing II y los Cruise, con la intención de completar el programa de colocación hasta los 572 previstos.

La interrupción de las negociaciones sobre las INF (armas nucleares de alcance intermedio, los euromisiles, o armas de teatro europeo), a instancias de los soviéticos, ilustra a la perfección uno de los problemas centrales de la nueva guerra fría: el momento en el cual ambas partes pierden el control sobre el escenario en curso por la razón de que la dinámica que se ha ido creando alcanza una autonomía tal que no deja otra solución. De entre todos los «momentos» fuertes producidos en este tema desde el 79 hasta hoy, uno de los más creíbles fue la consternación de la Casa Blanca cuando la parte

(*) Profesor de Derecho Político de la Universidad de Barcelona. Miembro del Transnational Institute de Amsterdam.

soviética se retiró de Ginebra, a finales de noviembre del 83, por la simple razón de que Reagan no pensó en ningún momento seriamente que la URSS se retiraría de ese foro; la URSS, por su parte, a dos semanas del inicio de las tareas de instalación de los primeros Pershing II y Cruise, no podía dejar de dar ese paso so pena de perder toda credibilidad, no sólo ante su opinión pública (en la medida en que se pueda usar ese término para la sociedad civil de los países del Este). Por esa simple interrupción, y como consecuencia directa de ello, la dinámica antes creada lleva directamente —y por encima de la voluntad en primera instancia de ambas partes— a la suspensión de las conversaciones en otros foros: las START (sobre reducción de armas estratégicas) de Ginebra y las MBFR (sobre reducción mutuo y controlado de armamento convencional en Europa) de Viena. De tal manera que diciembre del 83 señala a la vez el inicio material de la instalación de los euromisiles occidentales y la interrupción TOTAL del diálogo entre ambos bloques. Este punto es fundamental porque señala un momento histórico difícil de «congelar» en el doble sentido de que por un lado no puede durar o estabilizarse, dado el carácter de la dialéctica de la nueva guerra fría, y por otro lado, ello implicaba la necesidad de que una o ambas partes diesen muy pronto un nuevo paso, y eso sólo podía ser en sentido de una mayor escalada o, a la inversa, de iniciar la desescalada. La primera opción, la escalada, en las circunstancias reinantes, era extremadamente peligrosa porque ante la ausencia de todo diálogo, por débil que fuera, sólo podía ir en el sentido de nuevas demostraciones de fuerza, con el consiguiente aumento del riesgo de accidente o incidente. Parece, a la hora de escribir estas líneas (enero de 1984) haberse impuesto la segunda opción: iniciar la desescalada, concepto que debe ser tomado con múltiples precauciones, porque en un primer momento sólo se expresaba a través de los inicios de la CDE (Conferencia de Desarme en Europa) en Estocolmo, a mediados de enero, y de dos acontecimientos colaterales, como son el discurso de Reagan coincidiendo con los inicios de la CDE y la entrevista Gromyko-Schultz, aunque su contenido no fuera muy esperanzador. Insisto: sólo se puede hablar de inicio de desescalada por exclusión, en el sentido de no ir a una mayor escalada, de parar la tendencia. Ello parece venir confirmado por el anuncio inmediato de que a mediados de marzo del 84 se iban a reiniciar las MBFR, lo cual, unido a la insistencia con la que unos y otros definen las START como «congeladas» y no formalmente «suspendidas», parece indicar a su vez la voluntad de circunscribir la crisis a las conversaciones INF y toda la problemática que de ellas se deriva. El problema de fondo parece circunscribirse, en suma, a la de buscar una paridad sectorial en el ámbito de las armas nucleares de teatro europeo o de alcance intermedio. No debe perderse de vista, pese a todo, la peligrosidad de la búsqueda de esa paridad, como veremos más adelante, por múltiples razones, que pueden resumirse en la idea de que sólo se puede comparar lo que es comparable y de que por encima de

todo, esa paridad se deducirá de una voluntad política que hoy por hoy es sumamente débil.

El origen del problema y una cronología

¿Cómo se ha llegado a esta situación? Según explican los expertos de la OTAN, cabe situarlo en 1977, cuando la URSS decide instalar los primeros SS20, para sustituir a los SS4 y SS5, menos potentes y manejables. Hay que insistir en el tema de esa sustitución, porque es un hecho que en 1977 la OTAN tomó nota del hecho y esa política de renovación de arsenales tiene su simetría por parte occidental.

En el seno de la OTAN, en 1979, como consecuencia de los informes del NGP (grupos de planes nucleares) y el HLG (grupo de alto nivel) encargados de reflexionar sobre un plan de renovación nuclear a largo plazo, se toma la decisión conocida como «doble decisión»: por un lado llevar a cabo el programa de instalación de 108 Pershing II y 464 misiles de Crucero (los Cruise) en un plan escalonado a lo largo de casi toda la década de los 80, con un inicio previsto para diciembre del 83; por otro lado, iniciar negociaciones con los soviéticos sobre este tema, con las conversaciones INF de Ginebra, con la idea de que en una primera tanda se abordaría la cuestión de los Pershing II y Cruise por un lado, y los SS20, SS4 y SS5 por otro, para pasar en una segunda etapa a incluir sistemas de armas más complejas y difíciles de calibrar, sobre todo aviones portadores de armas nucleares no estratégicas. Como es obvio, no se ha pasado de la primera tanda.

En un principio, fueron algunos dirigentes europeos, con Helmut Schmidt a la cabeza, los que plantearon el tema de que los SS20 requerían un reequilibrio similar, pues se estaba produciendo, según este punto de vista, un grave desequilibrio parcial en la balanza nuclear. Los Estados Unidos, que cambiaron muy pronto de opinión, fueron reticentes en un principio, pues consideraban que no podía aislarse el tema de los SS20 del resto de los arsenales, en una balanza global relativamente favorable a la parte occidental. A esta primera, y fugaz, reacción americana no le faltaba lucidez, pues no hay que olvidar que con los SS20 no nace el problema de las INF. En efecto, hay que recordar algunos extremos:

a) Desde 1959 la OTAN había desplegado misiles Thor y Jupiter, a lo que la URSS respondió en 1961 con sus SS4 y SS5. Los Thor y Jupiter fueron retirados en los años 62/63 por tratarse de armas nucleares imprecisas y rudimentarias, y sustituidos por otros sistemas, entre los cuales los Polaris A3 y los Poseidon C3, instalados en submarinos (armas más potentes, más precisas y muchos menos vulnerables) y, más tarde, por los sistemas FBS (Forward based systems) americanos en Europa, con un elevado potencial de aviones de alcan-

ce diversos portadores de armamento nuclear de teatro europeo, instalados tanto en Gran Bretaña como en portaviones (en la VI Flota, por ejemplo).

b) A esto habría que añadir que para responder a la amenaza de los SS20 los Estados Unidos pusieron bajo mando atlántico para la defensa de Europa nada menos que 400 cabezas nucleares de tipo Poseidon, a sumar a las ya existentes; habría que añadir el desarrollo de los sistemas nucleares francés y británico, que suman (1983) 162 misiles, que no están bajo mando de la OTAN, y que los soviéticos se obstinan en incluir en las negociaciones INF, por la simple razón de que son misiles que apuntan al bloque del Este y estiman los soviéticos que ello requiere una respuesta potencial. Los argumentos formales de la OTAN en el sentido de que esos misiles no pueden ser contabilizados porque no forman parte del arsenal OTAN tiene realmente escasa consistencia y responde a una voluntad política de dificultar los acuerdos. Dicho en otras palabras, en la hipótesis de que la desescalada se confirme y tome forma en un futuro no muy lejano, se puede afirmar con razonable seguridad que esos misiles franco-británicos serán incluidos de una forma u otra en la evaluación de la balanza de fuerzas.

Habría que añadir un último matiz: las investigaciones sobre renovación de armas euroestratégicas por parte de la OTAN se inician en 1972, precisamente sobre los programas Cruise y Pershing II, o sea, mucho antes de la instalación de los primeros SS20. Ello confirma que los programas de desarrollo de la panoplia militar tienen una lógica interna que es la que tiende luego a crear las situaciones de tensión, y no a la inversa.

Lo que sí conviene tener en cuenta son las innovaciones cualitativas que se han producido en las sucesivas generaciones de armas de teatro europeo, en sus sucesivas «generaciones», aunque de ello nos ocuparemos más adelante.

Las principales etapas que han llevado a la situación actual, partiendo de la instalación de los primeros SS20 y de la «doble decisión» de la OTAN (1977 y 1979 respectivamente) vienen sintetizadas por las peripecias de las conversaciones INF de Ginebra, donde se percibe claramente un telón de fondo que no debe perderse de vista: la evolución de la doctrina americana desde los comienzos de la teoría de la «respuesta flexible» de los años sesenta, y la política de Reagan desde enero de 1981 hasta diciembre de 1983, basada en una fuerte política de «roll-back» frente a la URSS, esto es, no sólo de contención sino de fuerte presión en cada «frente», con la adición de la teoría de la respuesta «horizontal» en uno o varios puntos del planeta en función de la evolución de cada conflicto o zona de confrontación. A ello habría que añadir la terrorífica noción de «guerra nuclear limitada», o de guerra nuclear que puede ser controlada y además ganada y el desarrollo de las teorías de las armas «anti-fuerzas», armas «de primer golpe», armas «anticiedades o antipoblación»; en suma no hay que olvi-

dar todas las consecuencias de la introducción, en la doctrina militar occidental (USA/OTAN) de que hay que tomar en consideración la hipótesis de «dar el primer golpe» nuclear. Para ello, los Estados Unidos han desarrollado complejos programas que no es el caso analizar aquí, pero que dan peligrosa consistencia a esa hipótesis, como son el C³I (Comand, Control, Communications and Intelligence) y el SIOP-6 (Single Integrated Operational Plan N.º 6).

Volviendo a la negociación, de hecho se inicia a finales de 1981, en Ginebra, con la propuesta inicial de Reagan de la opción cero, en una versión muy contundente: la URSS destruye todos sus SS20 y a cambio la OTAN no instala sus 572 euromisiles. La URSS dice *no* por razones obvias, que incluyen la presencia de los 162 misiles británicos y franceses. Comienza entonces un tira y alloja: en 1982 Brezhnev propone reducir en dos tercios los euromisiles soviéticos desde 1982 hasta 1990 si la OTAN abandona su programa. El representante soviético en Ginebra, a finales de ese año, concreta aún más la propuesta, en el sentido de que la URSS reduciría su arsenal hasta equilibrar los 162 misiles franco-británicos. Se sabe también que a mediados del 82 los jefes de delegación Nitze y Kvitsinski alcanzaron en el llamado «paseo por el bosque» un posible acuerdo numérico inmediatamente desautorizado por los respectivos gobiernos. Episodio éste que merece reflexión acerca de en qué consiste una negociación y la utilización política de los términos «paridad», «equilibrio», etc. A mediados de marzo del 83, Reagan hace una nueva propuesta transitoria, en el sentido de que la URSS empiece a reducir su arsenal de SS20, mientras la OTAN inicia su instalación de euromisiles, hasta alcanzar una cifra equivalente unos y otros. La última propuesta de la URSS (en diciembre del 82 llega al poder Yuri Andropov) en octubre de 1983 es la de instalar sólo 140 SS20. En noviembre estalla la crisis y en diciembre se llega a la situación antes descrita. El problema, pues, sigue intacto en enero de 1984, con la salvedad de que la OTAN ha iniciado el despliegue de sus armas euronucleares.

Los euromisiles y su contexto

La gran mixtificación de un proceso negociador en el que está ausente la voluntad política de llegar a un acuerdo, reside en el hecho de que sólo se puede comparar lo que es comparable y sólo se pueden buscar simetrías exactas allí donde las hay; y los actuales arsenales nucleares (e incluso convencionales) de uno y otro bloque tienen unas características tales e incluyen tal cantidad de variables que siempre se pueden aducir pretextos para «descubrir» que no hay paridad. A ello habría que añadir que toda negociación intenta de una forma u otra «congelar» la correlación de fuerzas existente, factor que es por definición móvil. Así por ejemplo, paralelamente a la evolución

del fracaso de las conversaciones INF, desde finales del 81 hasta finales del 83, Reagan ha emprendido con decisión la renovación del arsenal estratégico, y además en una operación que abarca toda la «triada»: la construcción de cien nuevos misiles intercontinentales MX, dotado cada uno con diez cabezas, el desarrollo de los nuevos submarinos nucleares Trident (a razón de uno por año hasta 1990), y la construcción de los bombarderos estratégicos B-1, llamados a sustituir a los viejos B-52. Otro ejemplo de cómo la evolución de la carrera de armamento condiciona a ambos bloques para que sigan desarrollando sus programas se puede hallar en el programa soviético de desarrollo de misiles de crucero, descrito minuciosamente por William Arkin (en *Arms Control Today*, mayo del 83).

En el anuario del SIPRI (otoño 1983, pág. 35 y sig.) se analiza la actual situación de los arsenales nucleares y su evolución previsible hasta los años noventa. De ello se deduce que a finales de 1982 los USA disponían de un total de armas nucleares que oscila (según las fuentes) entre 30.420 y 31.200 y la URSS, siempre según las fuentes citadas por el SIPRI, entre 15.670 y 22.800, a lo que hay que añadir varios cientos más de los arsenales francés, británico y chino. Teniendo en cuenta que el proceso no es acumulativo, sino que las nuevas armas en general tienden a sustituir a las viejas (el progreso nuclear ya no es tanto cuantitativo como cualitativo, a la búsqueda de mejores prestaciones), la cifra global prevista para 1990 sería de 32.000 para los USA y un incremento numérico no muy grande para el arsenal soviético en relación a 1982. Arkin ha catalogado hasta 25 tipos diferentes de armas nucleares existentes hoy en el arsenal americano y ha descubierto que está en marcha un programa de construcción de 9.000 ojivas más de 6 tipos diferentes. Basta dar una ojeada a los cuadros comparativos del IISS o del SIPRI para darse cuenta de hasta qué punto existen pretextos para eludir la paridad. Entre las variables que intervienen, aparte de las ya conocidas (megatonaje, número de misiles) se tiende a valorar mucho el CEP (círculo de error probable al alcanzar el blanco), el alcance, la función MIRV, la fiabilidad en la trayectoria, la vulnerabilidad, etc. Incluso el espacio geográfico en el que se despliegan los arsenales de uno y otro bloque muestran una grave disimetría, a escala mundial, desfavorable a la URSS (admitido esto por los propios expertos militares occidentales: por ejemplo, las salidas a los mares de las flotas respectivas).

El lector debe sin embargo tener presente la actual balanza nuclear, considerada en términos estáticos, simplemente para tener plena conciencia de que las posibilidades de encontrar desequilibrios parciales o fragmentarios, los famosos «gap», son infinitas. Presento dos cuadros, aunque existen otras fuentes fiables. El primero es una simplificación, a efectos de facilitar su lectura, del cuadro comparativo del anuario del IISS de los arsenales estratégicos de Estados Unidos y la URSS (cuadro 1), lo cual implica que en este primer cuadro no intervienen ni los arsenales INF, ni los arsenales nucleares tácti-

CUADRO I
Balance Militar IISS - Londres
Estimación de las cabezas nucleares estratégicas

ESTADOS UNIDOS				UNIÓN SOVIÉTICA				
Sistema	Número desplegado	Cabezas por lanzador	Total cabezas	Sistema	Número desplegado	Cabezas p. lanzador	Total cabezas	
ICBM intercontinentales				ICBM intercontinentales				
<i>Minuteman II</i>	450	1	450	SS.11	570	1	570	
<i>Minuteman III</i>	550	3	1 650	SS.13	60	1	60	
<i>Titan</i>	52	1	52	SS.17	Mod 1	150	4	≈ 600
					Mod 2	peu	1	
				SS.18	Mod 1		1	
					Mod 2	308	8	≈ 2 500
					Mod 3		1	
					Mod 4		10	
				SS.19	Mod 2	310	1	≈ 1 500
					Mod 3		6	
SLBM de SNLE				SLBM de SNLE				
<i>Poseidón C.3</i>	304	10 ^d	3 040	SS.N.5	57	1	57	
<i>Trident C.4</i>	264	8 ^d	2 112	SS.N.6	Mod 1		1	
					Mod 2	400	1	≈ 400 ^e
					Mod 3		2	
				SS.N.8	Mod 1		1	
					Mod 2	292	1	≈ 300 ^f
					Mod 3		3	
				SS.N.17		12	1	12
				SS.N.18	Mod 2	208	3	≈ 1 040 ^g
					Mod 3		7	
<i>Sub total (ICBM y SLBM):</i>			7 304	<i>Sub total (ICBM y SLBM):</i>			≈ 7 000 ^h	
Aviones				Aviones				
B.52D	75	4 ⁱ	300	Tu.95	(hélice)	105	2	210
B.52G	151	8 ⁱ	1 208	Mya-4		45	2	90
B-52H	90	8 ⁱ	720					
FB.111A	60	2 ⁱ	120					
TOTAL:			9 652	TOTAL			≈ 7 300 ^h	

Notas: d) pueden llevar 14 cabezas. El número de SNLE americanos, fijado en la cifra inmutable de 41 desde hace más de 20 años, actualmente pasa por un punto bajo, debido a la modernización. El programa es de 19 SNLE Poseidón (304 artefactos), en servicio, y 12 SNLE Poseidón transformados Trident (192 artefactos), en servicio, y 10 SNLE Trident nuevos de tipo Ohio (240 artefactos) de los que 3 están ya en servicio y 7 en construcción.

e) incluidos todos en Mod 2. f) pocos Mod 3 en servicio. g) estimación mitad-mitad. h) cifra aproximada. i) bombas únicamente, salvo 4 misiles para B.52G/H; de hecho 142 B.52G/H han empezado a recibir cada uno 20 Cruise, es decir un total de 1 840 Cruise, en un programa de 4 000 Cruise fabricados igualmente en versión tierra (OTAN) y mar (construcciones de superficie y submarinos de la US Navy).

cos (sólo la OTAN tiene en Europa 6.000 armas nucleares tácticas, que incluyen misiles de muy corto alcance, minas de demolición y artillería, todo ello nuclear). El cuadro 2, basado en la versión francesa del «American Scientist» (1983), incluye, también en versión simplificada, los arsenales estratégicos, los INF y los arsenales tácticos. Nótese, respecto a este cuadro, que en la parte de las INF (armas euroestratégicas o de teatro) deben incluirse ya los primeros Pershing II y Cruise cuya instalación se inició en diciembre del 83. Por lo demás, parece exagerada la cifra de 300 SS20, por cuanto se considera que sólo dos terceras partes de los mismos, es decir 240, apuntan hacia Europa, o sea 720 cabezas (3 por cada SS20). Insisto en que son cuadros simplificados que no incluyen todas las variables que hoy deben tomarse en consideración y que antes he mencionado. Se puede para ello consultar el anuario del IISS (Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres), del 83/83, el anuario SIPRI del 83 y otras fuentes (Defense Monitor, GRIP, etc.).

La seguridad europea y sus contradicciones

Queda perfectamente claro, de todo lo antes expuesto, que lo que está en juego es la seguridad europea, concepto éste tan extendido como contradictorio. Europa presenta esta doble contradicción de ser por un lado el espacio geopolítico en el que desde 1948 hasta hoy la división del mundo en bloques ha sido más tajante, más «congelada», sin variaciones en la delimitación de los mismos. Si algunas crisis se han producido, han sido siempre de tipo «interno», en el seno de cada bloque, y han sido resueltas en mayor o menor grado según los parámetros internos de cada parte. Por otro lado, como escenario hipotético de una confrontación convencional/nuclear, Europa presenta la más alta concentración de potencial nuclear y de riesgo de accidente o incidente de todo el planeta.

Se dibuja así un problema general de seguridad que afecta a toda el área, y por extensión a todo el planeta, por cuanto se admite generalmente —exceptuando los teóricos de la «guerra nuclear limitada»— que un conflicto convencional en el centro de Europa, en la divisoria entre ambos bloques, podría de inmediato acceder al rango de conflicto nuclear, limitado primero y generalizado después. Y en los últimos años se ha difundido de manera difusa pero pertinaz la noción de que el concepto de seguridad es uno sólo: seguridad militar, basada en la superioridad cualitativa y, si se puede, cuantitativa, basada en la creencia implícita de doblegar al adversario mediante negociaciones que sólo se conciben en «posición de fuerza», etc.

En la década de los ochenta parece confirmarse esta tendencia: independientemente de qué corriente política o qué partido esté gobernando, Europa occidental parece renunciar a cualquier concepto

de seguridad alternativo al que hoy ofrece la OTAN y la doctrina de los Estados Unidos. Estamos pues ante un grave problema que pone en juego la política exterior de los Estados europeos, que parecen tender a agruparse en dos posiciones. La primera, mayoritaria, basada en un alineamiento con las posiciones más atlantistas y que no puede ser definido simplemente con criterios de militarismo o agresividad, sino con criterios más complejos. Porque si se confirma que los Estados Unidos, en este año electoral, van a una flexibilización de su postura, a un inicio de la desescalada, incluso a un inicio de la distensión, estos países seguirán con entusiasmo (con mayor entusiasmo que cuando aceptaron la doble decisión), de ello no cabe duda. El problema de fondo es que con ello se demuestra que la nueva guerra fría y su evolución han sido y son administradas por las dos grandes potencias, sin mediaciones de ningún tipo. Es decir, parece no haber espacio para una mayor autonomía europea, al menos en el terreno de la seguridad y de la confrontación militar. Una segunda posición, minoritaria, patrimonio de un grupo de países de Europa occidental, que han resistido a esta tendencia, quizá por no estar en la OTAN, pero no únicamente. El elemento básico de su posición hay que buscarlo en unas opciones globales de política exterior, que han hecho de estos países un significativo (aunque débil) margen de mediación en el mundo bipolar. Ya se hable de las sucesivas sesiones de la CSCE (Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa) en Helsinki, Belgrado, Madrid (cuando España no estaba aún en la Alianza Atlántica) o la futura de Austria, o de la audiencia que cualquier propuesta de uno o varios de estos países no alineados suscita en la opinión pública, ese espacio existe. Quizás es el único espacio desde el que se pueda, de manera creíble, impulsar los famosos planes alternativos de seguridad europea: el Plan Rapacki de 1957 (Polonia), el plan De Smaele (Bélgica) de 1981, o el famoso corredor desnuclearizado en Europa central de Olof Palme, a lo que se podría añadir, con prudencia puesto que sus posibilidades de aplicación son hoy mínimas, los planes regionales de desnuclearización: los Balcanes, el Mediterráneo, las dos Alemanias, Escandinavia (este último con mayores posibilidades).

El gobierno socialista de España debería considerar todo ello muy seriamente antes de explicar exactamente qué es lo que piensa preguntar en el famoso referéndum sobre la OTAN, y cuándo piensa hacerlo. España puede perder una oportunidad histórica de contribuir a modificar la lógica suicida del hasta ahora único concepto aplicado de Seguridad Europea.